

Raven Leilani

Brillo



Traducción de Laura Ibáñez



La perrita Blackie sabía que querer y doler riman, pero no casan.
Y eso ya era saber mucho.

RAVEN LEILANI

Brillo



Traducción de Laura Ibáñez

Índice

Portada

Brillo

Créditos

1

2

3

4

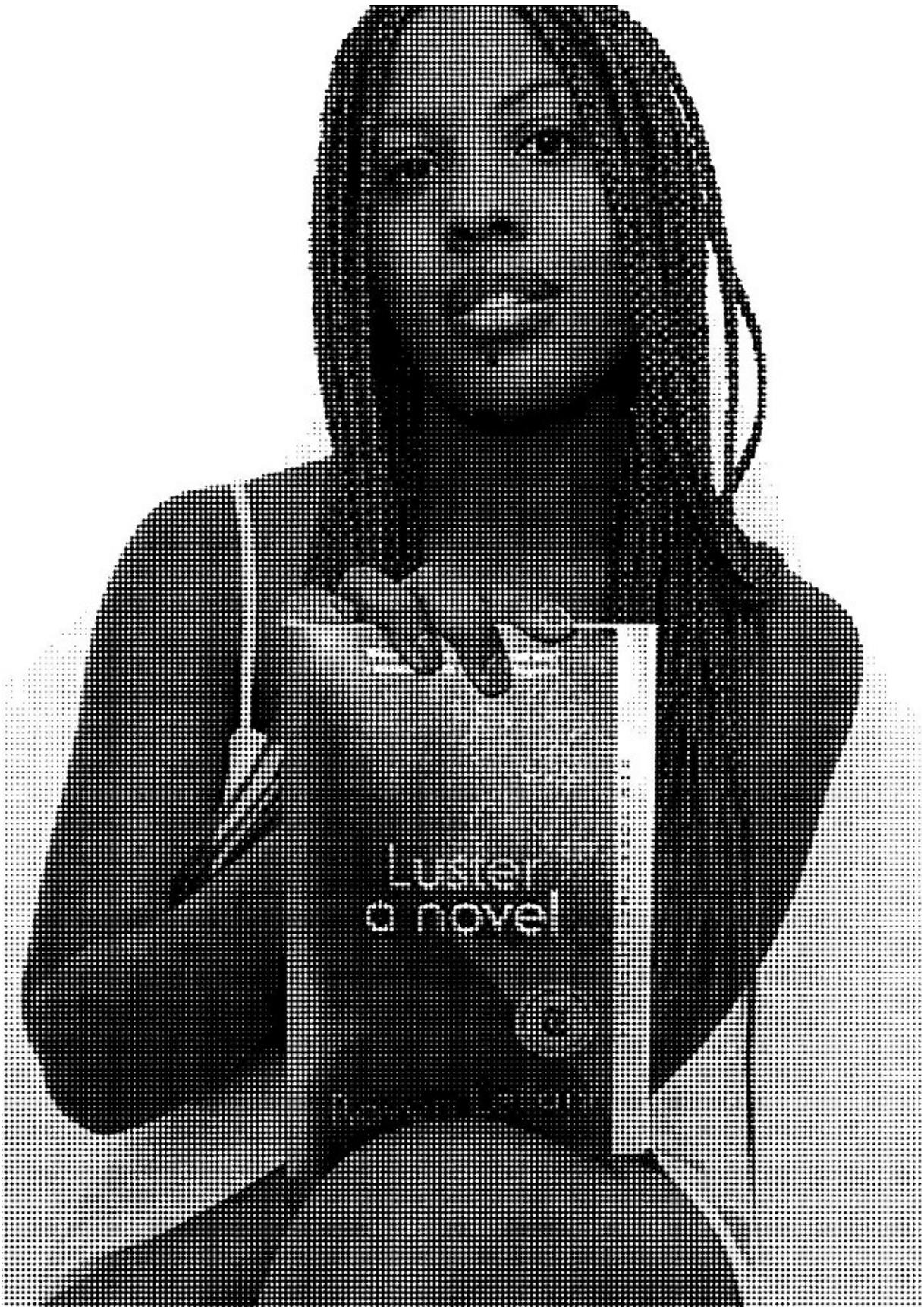
5

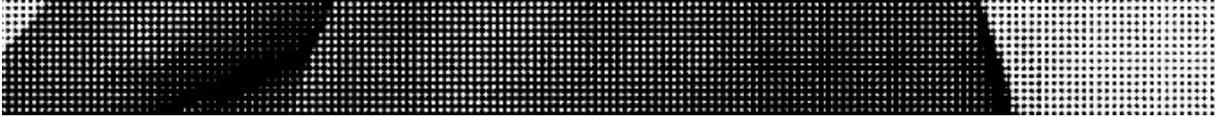
6

7

8

Agradecimientos





RAVEN LEILANI nació en 1990 en el Bronx, pero a los siete años su familia se mudó a una pequeña ciudad cerca de Albany. En 2017 comenzó a estudiar Bellas Artes en la Universidad de Nueva York, donde fue alumna de Zadie Smith. Entonces empezó a escribir, y a despuntar. Ha publicado en *The Yale Review*, *McSweeney's Quarterly Concern*, *Conjunctions*, *The Cut*, y *New England Review*, entre otros medios. *Brillo*, su primera novela, ha sido un éxito total de crítica y ventas, y ha sido galardonada con los premios Kirkus for fiction, Center for Fiction Novel, National Books Critics Circle, Andrew Carnegie Medal for Excellence y el Dylan Thomas. Es, por unanimidad, el debut literario más rotundo y brillante del año.

Título original: *Luster*

Diseño de colección y cubierta: Setanta

www.setanta.es

© de la fotografía de la autora: Raven Leilani

© del texto: Raven Leilani, 2020

Edición original publicada por Farrar, Straus and Giroux

© de la traducción: Laura Ibáñez, 2021

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: Newcomlab

Primera edición digital: marzo de 2022

ISBN: 978-84-19172-03-7

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

A mi madre.

La primera vez que lo hacemos, estamos vestidos de pies a cabeza, en nuestros escritorios, en horas de trabajo, bañados por la luz azul del ordenador. Él está en las afueras, procesando un nuevo lote de microfichas, y yo en el centro, ocupándome de las correcciones de un manuscrito nuevo sobre un perro labrador que es detective. Me dice lo que ha comido y me pregunta si soy capaz de quitarme la ropa interior en mi cubículo sin que nadie se dé cuenta. Sus mensajes van acompañados de una puntuación impecable. Le gustan palabras como *saborear* o *abrir*. La caja de texto vacía está llena de posibilidades. Sí, vale, me da cosa que desde Informática se conecten en modo remoto a mi ordenador o que mi historial de internet me haga ganarme otra reunión disciplinaria con Recursos Humanos, pero, ay, ese riesgo. Lo excitante de un tercer par de ojos inadvertidos. La idea de que alguien de la oficina, con ese optimismo ingenuo que sigue a la pausa de la comida, pueda toparse con nuestro hilo y ver con cuánto mimo Eric y yo hemos construido este mundo privado.

En su primer mensaje me señala algunas erratas en mi perfil online y me dice que tiene un matrimonio abierto. Sus fotos de perfil son espontáneas y distendidas: una foto granulada de él dormido sobre la arena, una foto de él afeitándose, sacada desde atrás. Es esta última imagen la que me conmueve. El azulejo sucio y el delicado retroceso del vapor. Su cara en el espejo; severa, de tranquila mirada escrutadora. Me descargo la foto en el móvil para poder

mirarla en el tren. Las mujeres echan una miradita por encima del hombro y sonríen, y yo dejo que crean que es mío.

Por lo demás, no he tenido demasiado éxito con los hombres. No es una frase autocompasiva. Es una frase que expone los hechos. Ahí va uno: tengo unas tetas alucinantes (que me han deformado la columna). Algunos más: gano muy poco. Me cuesta hacer amigos, y los hombres pierden el interés en mí cuando hablo. Al principio siempre va bien, hasta que doy demasiados detalles sobre mi torsión ovárica o mi alquiler. Eric es distinto. A las dos semanas de escribirnos, me habla del cáncer que hizo estragos en media familia materna. Me habla de una tía muy querida que preparaba pócimas con pelo de zorro y cáñamo. Me dice que la enterraron con una muñeca de hoja de maíz que se había hecho a su viva imagen. Pese a todo, describe con cariño el hogar donde creció, las digresiones de terrenos agrícolas entre Milwaukee y Appleton, las reinitas grandes y los cisnes silbadores que aparecían en su jardín, en busca de alimento. Cuando yo hablo de mi infancia, solo hablo de lo bueno. Del VHS de *Spice World* que me regalaron por mi quinto cumpleaños, de la Barbie que fundí en el microondas cuando no había nadie en casa. El contexto de mi infancia (las *boy bands*, los almuerzos preparados industriales, el *impeachment* de Bill Clinton), claro, no hace más que acentuar nuestra brecha generacional. Lo de la edad es un tema delicado para Eric, y se esfuerza lo suyo por llevar lo mejor que puede los veintitrés años de diferencia. Me sigue en Instagram y me deja unos comentarios larguísimos en las publicaciones. Jerga de internet desfasada y sembrada de comentarios sinceros sobre mi rostro bañado por el sol. Comparado con las insondables insinuaciones de hombres más jóvenes, es un alivio.

Hablamos durante un mes antes de poder coordinar calendarios. Intentamos quedar antes, pero siempre surgía algún imprevisto. Es solo uno de los aspectos en que su vida es distinta a la mía. Hay gente que cuenta con él, y a veces lo necesita urgentemente. Entre cancelación y cancelación, me doy cuenta de que yo también lo necesito. Y hasta tal punto que mis sueños se convierten en delirantes manifestaciones de sed: largas extensiones de desierto amarillo, catedrales veteadas de musgo goteante. Cuando al fin quedamos para nuestra primera cita de verdad, no me habría negado a nada. Él quiso ir a un parque de atracciones.

Decidimos ir un martes. Cuando se presenta en su Volvo blanco, solo me ha dado tiempo a llegar a la parte de mi rutina precita en la que intento encontrar la risa más apropiada. Me pruebo tres vestidos antes de dar con el adecuado. Me ato las trenzas y me hago el eyeliner. Hay platos en el fregadero y un penetrante olor a salmón en el piso, y no quiero que piense que tiene algo que ver conmigo. Me pongo unas intrincadas braguitas, que más que braguitas son un embrollo de hilos, y me planto ante el espejo. Me digo para mis adentros: «Eres una mujer deseable. No eres una docena de jerbos bajo una envoltura de piel».

Fuera, ha aparcado en doble fila. Se apoya contra el coche y sigue en esa posición, con la mirada fija y vivaz, hasta que salgo. Tiene el pelo más oscuro de lo que esperaba, de un negro tan opaco que parece azul. Su cara es de una simetría casi obscena, aunque una ceja está más arriba que

la otra, y eso hace que la sonrisa parezca un poco engreída. Es el segundo día del verano y ningún poder de la ciudad ejerce influjo alguno sobre él. Hago el gesto de cogerle la mano, intentando no tragarme la lengua, y la situación resulta extraña. Hay nervios, claro. En persona es un papi total; tiene una expresión alerta y seria en la cara, solo dulcificada por las ligeras entradas. Mi extrañeza, sin embargo, no tiene nada que ver con eso, nada que ver con ir más allá de su boca sensual y su nariz ligeramente torcida en busca de alguna señal que me diga que está tan nervioso como yo. Simplemente pasa que son las ocho y cuarto de la mañana y estoy contenta. No estoy en la línea L de metro oliendo el tufo a conserva rancia de nadie, deseando estar muerta.

—Soy Edie —le digo, ofreciéndole la mano.

—Ya lo sé —dice mientras sus largos dedos se acomodan entre los míos con demasiada delicadeza.

Quiero ser más directa, envolverlo en un abrazo espontáneo, extrovertido. Pero me quedo en un flácido apretón de manos, en una mirada esquiva, en una entrega de poder previsible e inmediata. Y luego viene lo peor de quedar con un hombre a plena luz del día: la parte en que lo ves viéndote, decidiendo en esa fracción de segundo si cualquier futuro cunnilingus será entusiasta o mecánico. Abre la puerta, y hay un dado azul de peluche colgado del retrovisor interior. Una bolsa de caramelos a medio terminar en el asiento del copiloto. Sus mensajes por internet han sido claros, cargados de sinceridad vacilante. Sin embargo, como ya nos hemos contado aquello de lo que sueles hablar en una primera cita, nos cuesta más arrancar. Saca el tema del tiempo y nos ponemos a hablar del cambio climático. Después de pasar un rato hablando en líneas generales sobre morir abrasados, paramos en el parque.

Cuesta no tener presente la diferencia de edad cuando te rodea la parafernalia más rococó de la infancia. Los globos de Piolín, los ojos de plástico y carentes de vida del Demonio de Tasmania, los helados Dippin' Dots. Cuando cruzamos la verja, el sol alto en fructosa del parque me parece un insulto. Este es un sitio para niños. Me ha llevado a un sitio para niños. Observo su rostro en busca de algún indicio de que esto sea una broma o una elocuente revelación de la angustia que le causan los meros veintitrés años que he pasado en la Tierra.

La diferencia de edad no me importa. Más allá del hecho de que los hombres mayores tienen una economía más saneada y un conocimiento distinto del clítoris, está la potente droga que es el profundo desequilibrio de poder. El estar atrapada en el insoportable limbo que queda entre su desinterés y su experiencia. Su pánico ante la creciente indiferencia del mundo. Su rabia, su fracaso adulto, canalizados hasta reducir tu cuerpo a partes relucientes y elásticas.

Salvo que, para él, esto parece terreno inexplorado. No solo lo de tener una cita con alguien que no es su mujer y sí varias décadas más joven, sino lo de salir con una chica que resulta ser negra. Lo noto en la cautela con la que dice «afroamericano». En que se niega en redondo a usar la palabra *negro*. Por norma, procuro no hacerme cargo de ese oscuro desfloramiento. No puedo ser la primera chica negra con la que salga un hombre blanco. No soporto los torpes numeritos de rap de medio pelo, el intento descarado de ir en plan coloquial ni la autocomplacencia de los hombres sonrosados que visten con tejidos *kente*. De

camino a la consigna, un padre y su hijo vomitan detrás de una pancarta de pie de Bugs Bunny. Abro mi taquilla y dentro hay un pañal. Eric lo ve y llama al conserje. Eric dice que lo siente y noto que la disculpa no solo tiene que ver con el pañal, sino sobre todo con haber elegido ese sitio. Eso me sabe mal. Y me sabe mal que mi primera reacción sea pensar qué hacer para que se sienta mejor en vez de sugerir otro sitio al que ir. Que los dos tengamos que soportar mi empeño por demostrar durante el transcurso de esta cita que ¡Me lo estoy pasando bien! y que ¡No es culpa tuya!

Un mes hablando por internet se hace demasiado largo. En todo ese tiempo, mi imaginación se ha desbocado. Basándome en su uso indiscriminado del punto y coma, di por sentado, sin más, que la cita iría bien. Pero todo es diferente en la vida real. Para empezar, no soy tan rápida. No me da tiempo a plantearme lo que digo ni a redactar una contestación inteligente en Notas. También está el asunto del calor corporal. Lo inexpresable de estar cerca de un hombre; eso dulce y salvaje que se intuye bajo la colonia, cómo a veces parece que no tengan blanco de los ojos. La locura profunda y adrenalítica de un hombre, la fragilidad de su contención. La siento sobre mí y dentro de mí, como si estuviera poseída. Cuando hablábamos por internet, los dos poníamos de nuestra parte por rellenar los espacios en blanco. Lo hacíamos con optimismo, con esa clase de anhelo que ilumina y distorsiona. Celebrábamos elaboradas cenas irreales y hablábamos de las citas médicas que nos daba miedo concertar. Ahora no hay ningún espacio en blanco y, cuando me frota el protector solar en la espalda, se queda corto y a la vez es demasiado.

—¿Así está bien? —me pregunta, y noto su aliento caliente en la nuca.

—Ajá —le digo, intentando no convertir ese contacto en más de lo que es.

En cualquier caso, tiene muy buenas manos. Son cálidas, grandes y suaves, y hace meses que nadie me echa un polvo. Por un momento estoy segura de que voy a echarme a llorar, cosa que no es rara, porque lloro mucho y en cualquier sitio, y muy en especial por un anuncio que hay de un restaurante italiano. Me disculpo y me voy corriendo al baño, donde me miro al espejo y me digo, para tranquilizarme, que hay cosas más importantes que el momento en el que estoy. El fraude electoral. Los conglomerados de empresas genealógicas que le venden mis frotis bucales al Estado.

Luego está, claro, el tema de intentar parecer sexi mientras te precipitas al vacío. Como la mayoría de la gente blanca que come judías en el bosque tan campante sin dejarse amedrentar por las heces frescas que prueban la presencia de osos hambrientos, para Eric su mortalidad y su cuerpo carnoso y blando son algo trivial y secundario. Yo, por el contrario, soy sumamente consciente de todos los modos en que puedo palmarla. Así que cuando el refunfuñón empleado adolescente del parque me baja de un manotazo el arnés y se va arrastrando los pies hacia las palancas, pienso en todos los asuntos que tengo pendientes: el cuarto de *gelato* de pistacho en el congelador, la paja y media que le queda a mi vibrador moribundo, mi cofre recopilatorio de *Mister Rogers*.

El entusiasmo de Eric es contagioso. A la que me he montado dos veces, empiezo a pasármelo bien, y no solo porque morirme signifique no tener que pagar mis créditos de estudios. Entrelaza sus dedos con los míos y me arrastra al frente; parece que se toma tan en serio su experiencia ferial como para haber pagado el suplemento extra que permite saltarse las colas. Voy a atarme los cordones y a la vuelta me lo encuentro hablando con la mascota Porky —el cerdito—, sobre empleos para aprendices en el archivo.

—Siempre necesitamos atención al cliente de calidad — dice apretando fuerte su número de teléfono contra la manopla de felpa de Porky.

Nos subimos a la montaña rusa más alta del parque por tercera vez y grita como si fuera la primera. Grita, grita de verdad. Al principio me corta el rollo, pero a medida que ascendemos por el último tramo, me doy cuenta de que me gusta. Me gusta mucho. No sé si es por la discordancia, por lo aniñado de esta tendencia que contrasta con su masa corporal o porque envidio su asombro; el regocijo que hay en su terror, su predisposición a experimentar lo conocido como si fuera algo nuevo. Su alegría es tan pura que me hace sentir que puedo desabrocharme mi traje de piel y mostrarle todos los secretos que contiene. Pero todavía no. Hay una tristeza en su vehemencia, en cómo parece un poco autoimpuesta, como si tuviera algo que demostrar. Me mira cuando llegamos arriba del todo. El viento le ahueca el pelo. Detrás de sus ojos, me veo fracturada en pedazos. De repente me duele ser tan corriente, tan transparente, cuando me mira y finge que no soy solo la versión económica de un deportivo italiano.

—Ojalá todos los días fueran así —me dice cuando llegamos a la parte más aterradora del circuito, en la que te dejan colgado en el aire y te obligan a presentir la caída.

A nuestros pies, el parque enciende sus luces. Yo solo quiero que tenga lo que quiere. No quiero ser complicada ni cargante. No quiero que haya ninguna desavenencia entre su fantasía y la persona que soy en realidad. Quiero todo eso y no quiero nada de eso. Quiero que el sexo sea algo acostumbrado y poco entusiasta, que no sea capaz de que se le levante, hablarle con demasiada claridad de mi síndrome del intestino irritable y así estar unidos en un consuelo recíproco. Quiero que nos peleemos en público. Y que cuando nos peleemos en privado, quizá me suelte un puñetazo sin querer. Quiero que tengamos una larga y fructífera carrera avistando aves, y luego quiero que descubramos justo a la vez que los dos tenemos cáncer. Entonces me acuerdo de su mujer, el vagón empieza a descender y caemos.

Muy a mi pesar, llevo todo el día pensando en su mujer. Me sorprende deseando que sea una integrante peleona de la patrulla de vigilancia vecinal. También me tranquilizaría que se quedara completamente quieta durante el sexo. Cabe la posibilidad de que lo lleve bien. Puede que realmente no le importe que su marido tenga una cita con una chica cuyos óvulos son dieciséis veces más viables. Puede que sea ágil, que esté en armonía con Venus retrógrado y que prefiera usar desodorantes naturales. Una mujer tan poco amenazada por todas las mujeres de Nueva York que le ha dado a esta horda núbil carta blanca para que se folle a su marido.

Después de montarnos algunas veces más, Eric y yo nos encaminamos hacia una falsa cantina del oeste con una llamativa abundancia de mimbre. Es el único restaurante

del parque donde se permite la venta de alcohol, y encima de la barra hay una reproducción con luces de neón del bigote de manillar de Sam Bigotes. Una camarera con un enorme sombrero vaquero tira un par de cartas pegajosas en la mesa. Por cómo nos explica los platos del día sabemos que nuestra única responsabilidad como clientes de la zona que tiene asignada es hacer el favor de irnos a tomar por el culo. Hasta este momento, hemos pasado el día el uno al lado del otro. Lo miro a los ojos y casi me duele. Noto su atención como si fuera un punto concreto de calor.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta.

—Sí, claro.

—Porque, si te soy sincero, me está costando adivinar lo que se te pasa por la cabeza, y normalmente se me da bastante bien. —Me acabo la cerveza e intento disimular mi alegría porque no haya detectado mi desesperación ni lo mucho que me odio—. Estás como distante —me dice, y todos los niños que se amontonan bajo mi gabardina se alborozan. «Distante» es una pose natural, una elección. No es una chica que rebaña una lata de atún en Bushwick.

—Soy un libro abierto —le digo, pensando en todos los hombres a los que les he parecido ilegible. Con ellos cometí errores. Me lancé a sus pies cuando intentaban marcharse de mi casa. Los perseguí por el pasillo con una botella de Listerine en la mano mientras les decía: «Puedo ser una lectura de verano, puedo quitar las frases que sobran; por favor, lo revisaré todo bien».

Así que me esfuerzo por hacerme la dura. Durante el máximo tiempo posible, procuro que mi silencio parezca perspicaz y no temeroso del siguiente disparate que pueda salir de mi boca.

—¿Sales con alguien más? —me pregunta.

—No. ¿Me deseas menos por eso?

—No. ¿Tú me deseas menos porque estoy casado?

—Eso hace que te desee más —le digo mientras me pregunto si estoy empezando a hablar demasiado, si ha sido un error decirle que él es el único.

Nadie quiere lo que nadie quiere. Hay un tufo fuerte a maría, váter y palomitas, y en la barra un hombre llora discretamente junto a un oso de peluche gigante. Por primera vez caigo en que quizás Eric ha elegido este sitio para no encontrarse con ningún conocido de la ciudad.

—Me gustó que me preguntaras si me lo estaba pasando bien —le digo.

—¿Por qué? —Frunce el ceño y me doy cuenta de que esta ya la he visto antes, de que pasadas unas horas sus expresiones faciales ya empiezan a resultarme familiares.

Cuando pienso en que a partir de aquí ya solo iremos hacia delante, en que nunca más volveremos al relativo anonimato de internet, quiero hacerme un ovillo. Odio pensar que he repetido una acción, que me ha mirado, ha detectado un patrón y ha decidido en silencio si es algo que puede soportar volver a ver. No puedo hacer nada para estar en igualdad de condiciones. Hay hombres que, por lo menos, tienen la decencia de guiarte directamente y de inmediato a todos sus aspectos problemáticos. Pero todo lo que he visto de Eric quiero volverlo a ver. Como este ceño fruncido de hombre mayor, remotamente paternal, su delicada disconformidad.

—Porque noté que te interesaba mi respuesta, que no era una de esas preguntas que se hacen porque esperas que te digan que sí —le dije.

—Dame un ejemplo de una pregunta así.

—Vale: ¿Te has corrido?

—¿O sea que dices que sí aunque la respuesta sea que no?

—Claro.

—Menuda mentirosilla estás hecha, ¿eh? —me pregunta, y yo quiero decirle: «Sí, sí. Soy una mentirosilla».

—¿Tú nunca mientes para no hacer daño?

—Jamás.

—Qué interesante —respondo.

Lo interesante, claro, no es que se le haya permitido vivir sin morderse la lengua. Ni que sea incapaz de verlo de otra manera. Ha equiparado su margen de movimiento al mío. No se ha planteado las mentiras que se cuentan para sobrevivir, el acto amable de fingir que yo misma ilustro en este preciso momento comiéndome esta salchicha de Frankfurt bacteriana. Por primera vez me parece que lo entiendo un poco. Él cree que somos iguales. No tiene ni la más remota idea del esfuerzo que estoy haciendo.

—Oye, conmigo puedes ser tú misma —me dice.

Y no puedo hacer otra cosa que intentar no reírme en su cara.

—Gracias —le respondo, pero sé que no lo dice de verdad.

Quiere que sea yo misma igual que un leopardo puede ser él mismo en un zoo urbano, donde languidece a la espera de que le den de comer en vez de estar en plena naturaleza con un tendón desgarrado en las fauces.

—Y otra cosa: si no consigo que te corras, quiero que me lo digas —añade mientras hace un gesto para pedir la cuenta.

—Entonces, ¿vamos a acostarnos? ¿Vamos bien?

—¿No te lo parece?

De camino al coche, empieza a llover. Es una lluvia ligera pero inesperada, y en el parque el espectáculo pirotécnico de cierre va ya por la mitad. Nos paramos en el

aparcamiento y esperamos a que llegue la traca final. Me rodea con el brazo cuando empiezan a estallar en el cielo las dalias blancas. Aprieto el rostro contra su camisa, que está empapada en sudor y cloro. Durante todo este día ha sido imposible estar seco. Me toca la nuca y se le pegan los dedos.

Cuando nos metemos en el coche, las ventanillas están mojadas por la parte interior. Le da al limpiaparabrisas y se quita la camisa, con una sonrisilla que me da a entender que es consciente de lo que hace, y me entran ganas de sentarme en su cara. Me he preparado para esto. Me he puesto este vestido porque es fácil de quitar. Pero entonces, pone el coche en marcha y estamos en la carretera. Me siento y observo cómo las luces de la carretera se le reflejan de modo intermitente en el rostro. La carretera de Jersey a la ciudad está extrañamente despejada. Descuelga el brazo por la ventanilla y se arranca a cantar al son de la radio con voz pausada y segura. La canción que suena es «Could Heaven Ever Be Like This», de Idris Muhammad. Es un tema que salió en 1977, tres años después de que naciera Eric. Me uno, aparentando una naturalidad que de natural tiene muy poco.

-¿Cómo es que la conoces? —me dice, y yo quiero hacerme la interesante.

Quiero decirle que encontré el disco en una tienda porque se les había traspapelado detrás de un disco *prog* de Goblin. No que oí cachos del tema en dos canciones distintas y me pasé de 2003 a 2006 entrando en foros chungos para intentar dar con él. Quiero decirle que

«Spring Affair», de Donna Summer, es lo único que me ayudó a superar 2004, pero he omitido los acontecimientos de ese año en nuestros mensajes.

—Me encanta la música disco —le digo, y él sonríe y sube el volumen.

Así viajamos hasta la ciudad, transportados en volandas por el sonido de finales de los setenta. Conduce tranquilo, con una mano en el volante, y sé que casi he llegado a casa cuando empieza a oler mal. Para junto al bordillo, baja la música y me vuelve a preguntar si me lo he pasado bien.

—Sí —le digo con el aire de la autopista todavía en los oídos.

—Espero que no me estés mintiendo —me dice, y noto su mano en el muslo. Envolviéndome el cuello por detrás. Su roce carece de un patrón predecible, y es tan silencioso que ni lo oigo respirar. Por lo demás, soy consciente de la mínima fluctuación atmosférica en el interior del coche: la señal perdida de la cadena de radio y el zumbido grave de la frecuencia modulada, que viene y va, de manera que contra los remolones movimientos circulares de sus dedos surge de vez en cuando una voz que dice, con el brío engolado de un DJ, «estás escuchando a»; la luz del techo; el tenue halo que le baña la cabeza; sus ojos grandes y brillantes.

—Quiero que me chupes los dedos —me dice.

—Vale —le contesto, y me meto un dedo en la boca. Y luego dos. Y luego tres. Y entonces, de repente, flexiona los dedos y me acerca a él tirando de la fila de dientes de abajo.

—Serás puta... —dice, y entonces me suelta.

—Sube a casa.

—Esta noche no. Sal conmigo el jueves.